

El trimestre musical en Figueras



Carmen Vilá



Renata Tarragó

No anduvo Figueras escasa en lo que a música se refiere, y buena prueba de ello la tenemos en las sesiones de sardanas que públicamente se han organizado durante el transcurso de estos meses de verano, pese al alud de turistas, a algún que otro bailoteo, a la dispersión de los que van a veranear (afortunadamente cada vez más en número y en tiempo) y al encarecimiento de las organizaciones de este tipo. Música especializada y que cumple a la capitalidad del Ampurdán fomentar, ayudando a que no se extinga o, lo que sería peor, se mixtifiqué (enmascarada tras un mal entendido folklore), nuestra danza regional. Pero también, y eso más, lo que ahora se llama folklore, que procede del Sur, ha privado este verano convertido en espectáculo de diversión fácil, pero escasamente musical: dejémoslo para pasto del tipismo.

Un alto en todo este maremagnum ha sido la inauguración del curso de la Asociación de Música. Acertadamente se encargó a una pianista del país, cuyas dotes se apreciaron ya en el extranjero: Carmen Vilá, natural de Rosas; con razón alguien dijo que tenía «pasta» de artista, pues en su concierto del 6 de noviembre demostró su auténtica valía, al interpretar de una manera clara, exacta y con cálido sentimiento, y mecanismo para el que parece no existir dificultades, un programa en el que abundaban obras dedicadas a los realmente conocedores de la música, a los que subyugó desde su inicio, demostrándoles estar de vuelta de los secretos del bien frasear y sabiendo comunicar su emoción a los oyentes; y eso que lo hizo con obras, que como advertía el programa, no eran de las llamadas «de público», como puede servir de ejemplo la Sonata Op. 81, de Beethoven, «Los adioses», de la que dio una interpretación insospechada de comprensión, agudeza y excelente sentimiento, libre, sin embargo, de las languideces románticas a que se prestaría; o el difícil «Estudio para ocho dedos», de Debussy, que escuchamos magnífico de color; o la espléndida realización sin posible pero, de las «Variaciones Serias», de Mendelssohn, que sólo quien ha asimilado tan perfectamente la escuela vienesa, elegante y sobria, como Carmen Vilá, puede traducir así en el teclado.

No dejaremos de mencionar —todo fue excelente—, la mesurada, diáfana y bien expuesta ejecución de «jeux d'eau» de Ravel, verdadera sorpresa de dos valsos robusta y subjetiva ni la delicia fragante de dos valsos de Schubert que tocó fuera de programa, ante los insistentes aplausos de la no muy numerosa asistencia al local, lamentable absentismo, cuya sanción tuvieron por ello mismo los que no oyeron a esta deliciosa pianista, a la que auguramos y deseamos grandes éxitos.

Otra destacada manifestación musical tuvo como motivo la fiesta de Santa Cecilia, patrona de los músicos, que de una nobilísima manera se viene celebrando en el austero marco de la Arcepestral de San Pedro; participaron en el concierto los cantores y escolanía parroquial, disciplinados a fuerza de constancia; tomó también parte una orquesta ocasional formada por diversos buenos instrumentistas aficionados de la localidad, que parecen superarse a cada actuación, tanto es su entusiasmo, y por él llegan a unas ejecuciones muy aceptables y llenas de calor artístico; también hemos de destacar en especial, la intervención que en ella tuvo un organista de gran prestigio, conocedor como pocos de los secretos de su instrumento, tan poco agradecido con los que no saben manejar a tiempo los múltiples registros que son su mecánica razón de ser, pero tan reconocido a los que como este nuestro querido maestro Rafael Tapiola, sabe utilizar tan a fondo sus incontables recursos musicales para llevar a cabo esos verdaderos modelos de interpretación como los que, a pesar de un poco oportuno y prolongado corte injustificado de la corriente eléctrica, supo ofrecernos de lo que pensaron J. S. Bach, en su sereno fervor y exacta construcción, o Widor, en su facilidad expositiva, un tanto hueca, o Vierne en su organística sucesión de voces; eso nada menos fue lo que oímos a Rafael Tapiola. Excelente resultó el recital de este artista a órgano solo, que hizo lamentar su limitación, en la primera parte; pero que permitió que tuviéramos el privilegio de la primera audición de una de las obras que no dudamos en clasificar entre las de más destacada inspiración del Rdo. D. José Albert, a quien hemos de agradecer en lo que vale su callado y noble esfuerzo en pro de la música de Figueras, y en particular de la música religiosa, siempre atento a la claridad melódica —nunca olvidaremos su misa de la «Mare de Déu» del Collell», acabada joya de popular fervor y gracia, con un ropaje armónico de la mejor clase— y sobre todo a defender con sus obras, de neta e indiscutible orientación litúrgica sin mezcla, la verdadera música religiosa, la que nos ayuda a rezar dos veces como él nos recuerda en un artículo en «Vida parroquial». Su Salmo 159, digno y sobrio comentario espiritual del texto Sagrado, tiene la solemnidad de himno y elevación de alma que su contenido reclama: la música enfervorizada en una agradable sucesión temática, es toda ella inscrita en un juego contrapuntístico muy equilibrado de timbres. La obra es de excelente factura y sólida composición y consigue envolvernos en una unción artística. Parecía invitarnos a unirnos al salmista en esa grandiosa exaltación laudatoria que nos conducía a contemplar las grandiosas obras de Dios y su inmensa majestad, todo en un creciente armónico emotivo y sincero en que el Rdo. Albert nos expresaba su profunda fe artística y religiosa ritmado cuando de la enumeración de los instrumentos antiguos se trató —impresionante entrada del barítono al hablar de la tuba, del mejor estilo Bachiano— y sonoro e impetuoso cuando en ese himno doxológico se invita a alabar al Señor, «todo lo que respira».

No menos importante, aunque ya anteriormente conocido, un fragmento de la misa «Cantantibus organis» del mismo Mn. Albert, que el domingo siguiente se ejecutó íntegra, para edificación de los que rezan y para deleite de los que pudieron apreciar su belleza musical: en especial la labor de verdadero tejido de encaje, del órgano, que además de su motivación religiosa, contiene la partitura. No omitamos la mención de los muy aceptables trabajos por la orquesta y cantores en un coral de Bach y varios tiempos de una partita de éste, ejecuciones todas que dejaron muy satisfechos al auditorio más bien escaso, pero atento y entusiasta.

En otro concierto para la Asociación de música actuaron Graciano y Renata Tarragó; hacia tiempo que estos notabilísimos guitarristas no actuaban en Figueras, y su nueva presentación dejó constancia de los avances en la depurada técnica que se aprecia en la forma actual de tocar Renata Tarragó: artista que está ahora ya en el pináculo de la celebridad con multitud de conciertos en Europa y América, y tiene en su haber otros tantos éxitos por su profundo conocimiento de la guitarra, que domina en todo su complicado matiz y color sonoro, sobre una indiscutible base musical y técnica de la mejor especie, que es lo más relevante en ella, y sin la cual puede serse un apreciable instrumentista, pero no un artista completo como lo es Renata Tarragó, al abrigo y tutela artística de su padre y profesor, también excelente músico completo e inteligente, que ha sabido penetrar los secretos del complicado instrumento que dominan ambos plenamente. Y por esa solidísima base musical Renata Tarragó tiene ese bellísimo tocar la guitarra, íntimo y cálido, nunca chillón, aterciopelado, y que parece que dialogue con el que le oye, infundiéndole ese humano y afectuoso sonido que parece salir de la yema de sus dedos, con ese sonido bellísimo, que logra: tanto, que diría que además de darnos la sensación de que Renata está enamorada de la música,

lo está aún más del bello sonido, suave y amable, patente, diáfano, límpido y cristalino, pero no áspero, con una capacidad enorme para dominar una posible sequedad, peligrosa siempre en el pulsar las cuerdas de la guitarra, una seguridad poco común en el poner de relieve los armónicos de cada una de las notas, y una maravillosa facilidad en darle a todas las ejecuciones ese finísimo tocar, y esa vibrante y emocionada fantasía sólidamente fundamentada en sus conocimientos de todos los recursos de la guitarra, que tan bien supo comunicar a los oyentes, que aplaudieron entusiásticamente todas sus interpretaciones, de autores franceses y españoles, una transcripción de Bach, las excelentemente comprendidas «Variaciones sobre un tema de Mozart», de Beethoven y, en especial, con una impresionante sardana de su padre, Graciano Tarragó, titulada «Pins» —al evocar el lugar de Vilopriu, en nuestra provincia— elegantemente construida, magníficamente traspuesta a los timbres de la guitarra, (casi logrando sus equivalentes a los de viento de la cobla), y de inspirados temas originales, de gracia y belleza indiscutibles. Lo que en la segunda parte, a dos guitarras, pudo completarse, con la interpretación por los dos artistas de obras de Haendel (del que tocaron una sonata transcrita por el propio Graciano Tarragó), Albeniz, Falla, etc., y que les valieron merecidísimos aplausos, concediendo fuera de programa una farruca de Serrano, muy popular y discreta.

Finalmente, muy cerca de las fechas navideñas la escuela de música del Casino Menestral, que dirige D^a Camila Lloret de Gironell, celebró la fiesta de Santa Cecilia, con diversos trozos confiados a sus alumnos, en sus varios instrumentos, a solo algunos, y luego en conjunto, sostenido por alumnos antiguos y actuales; dejaron buen recuerdo en todos los asistentes, que les aplaudieron cordialmente, animándoles a continuar por el camino emprendido de cuya excelente orientación daban fe los múltiples «sobresalientes» que en el intermedio se repartieron. Simpática resultó la actuación de unos solistas, de unas alumnas de danza que con gracia y donaire actuaron, igual que fue muy notable una actuación demasiado breve de un grupo de entusiastas cantores adolescentes, que reverdecieron los laureles del veterano orfeón «Germanor empordanesa» de grata recordación. Se estrenó otra producción de nuestro Rafael Mariano (nuestro por afecto a Figueras), que fue muy aplaudida; pieza bien construida y llena de joviales temas ejecutada con entusiasmo. Una velada, en fin, muy interesante, por la que podemos felicitar a todos.

También debemos felicitar a los organizadores y agradecer a cuantos tomaron parte en ella, otra velada que pocos días después tuvo lugar en el teatro «El Jardín» amablemente cedido por su propietaria D.^a Lourdes Perxas, atenta a cuanto pueda favorecer a los necesitados, en cuyo beneficio se organizó.

Capítulo aparte también merece el concurso de villancicos que en el Casino Menestral se celebró, con la actuación de diversos grupos, que artísticamente pueden ser mejorados, pero cuyo entusiasmo y buena intención suple cuanto pueda echarse de menos, velada que también resultó un éxito completo. Nuestros plácemes a todos ellos.

N. SALA